

La denuncia de «Missing»

LOS QUE APRETARON EL GATILLO

Ariel Dorfman

Jack Lemmon y Sissy Spacek en la película «Missing» (Desaparecido), del realizador Costa Gavras.

E

L 17 de septiembre de 1978, seis días después del golpe que derrocó a Salvador Allende, un joven escritor y periodista norteamericano,

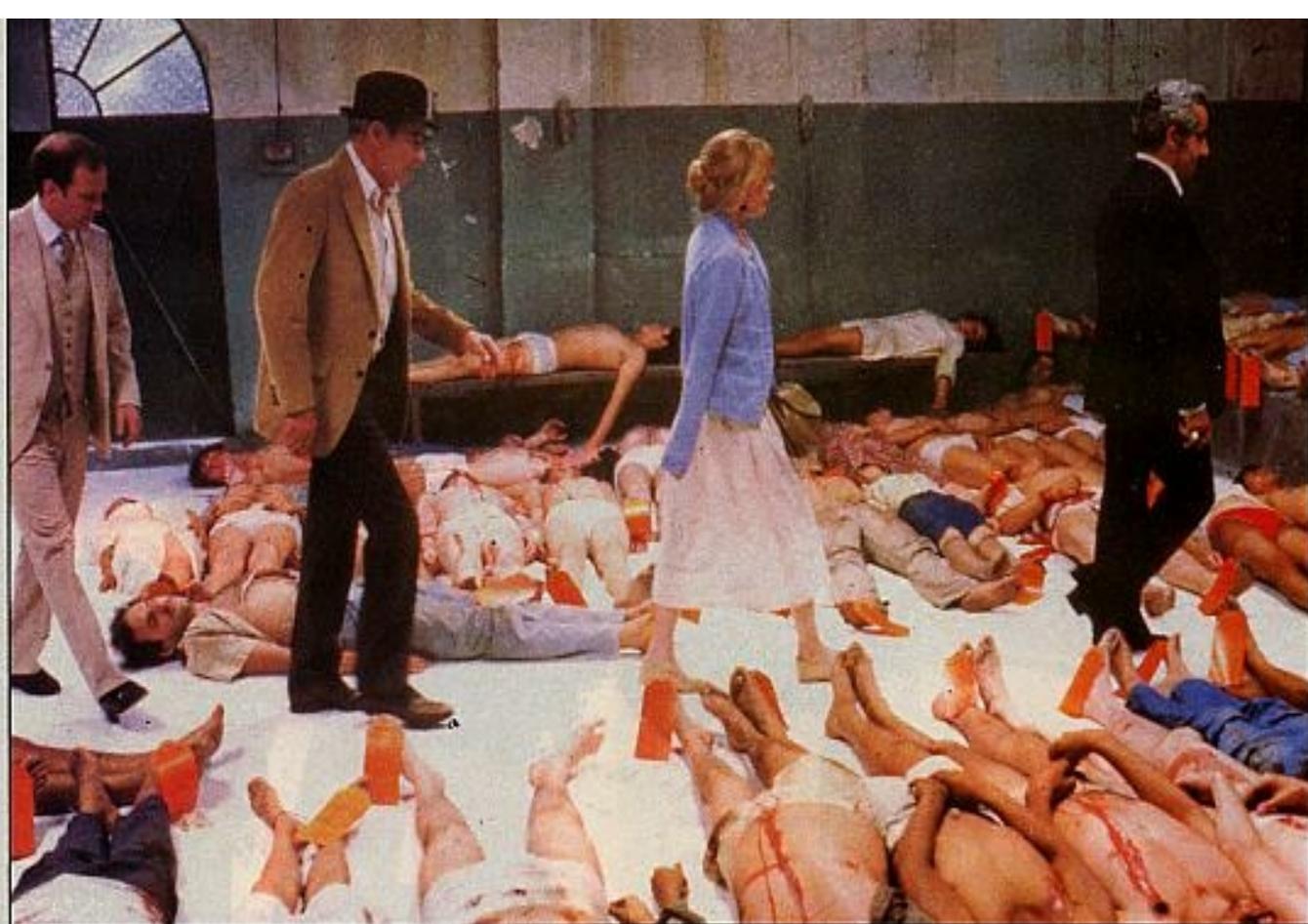
Charles Horman, que vivía en Santiago de Chile fue sacado brutalmente de su casa por soldados. Las autoridades negaron su detención. Durante el mes siguiente la mujer de Horman, y luego su padre, que voló desde Nueva York, se dedicaron a buscarlo.

Quienes viven una situación tan incierta y precaria, tienen que asegurarse de que no les quede tiempo para la imaginación, tienen que llenar sus días de actividades para no anticipar en la cabeza aquellas prácticas que la realidad, con escalofriante autonomía, puede estar cumpliendo en ese mismo y paralelo momento.

Hicieron, entonces, lo que parientes de familiares detenidos hacen en países como esos:

persiguieron rumores, examinaron diferentes versiones de los atemorizados testigos, golpearon puertas influyentes en espera de información o una intervención benévola. Visita-





«Missing» —versión cinematográfica del libro «La ejecución de Charles Horman. Un sacrificio americano», de Thomas Hauser—, narra la historia de un periodista norteamericano desaparecido en Chile seis días después del golpe militar del general Pinochet. El cadáver de Charles Horman fue encontrado un mes después. En las fotos, dos escenas de la película.



ron hospitales y, finalmente la «morgue». Pero más que nada, porque eran norteamericanos, y Ed Horman, el padre, poseía amigos poderosos en Washington, presionaron a su embajada en Santiago para que acuara. La embajada —lo que no es una novedad para nosotros, pero sí lo fue para ellos— estaba más interesada en celebrar la asonada militar y sorber discretos cócteles con los nuevos gobernantes que en proteger la vida de sus ciudadanos, especialmente si habían mostrado una propensión izquierdista. Los funcionarios no echaron a andar la maquinaria considerable de sus contactos para salvar al joven ni para ubicar su paradero. Comenzaron por poner en duda su detención, luego sugirieron que se habría auto-secuestrado para embarazar a Pinochet, y terminaron agenciándose a un periodista británico que juró que, según información confidencial, dentro de poco Charles saldría clandestinamente del país.

Después de un mes, mientras se acumulaba la evidencia extra-oficial de que Charles ya había fallecido, los Horman se hallaban en el punto desde el cual habían partido. Al otro día, 18 de octubre, sus temores se vieron confirmados: se había identificado el cuerpo de Charles Horman.

Que su esposa y padre fueran norteamericanos les evitó muchos sufrimientos habituales en estos casos. Las autoridades no los insultaron, no los maltrataron, no les detuvieron. Cuatro

LOS QUE APRETARON EL GATILLO

semanas bastaron para averiguar la verdad. Y sólo seis meses más tarde —ya es demasiado— tuvieron el privilegio de recibir de vuelta el cadáver.

Pero que Charles Horman fuera norteamericano no pudo eximirlo de morir la misma muerte de tantos que fueron arrestados en Chile en esos días.

Por el contrario, como ha tratado de probar Thomas Hauser en su libro, *La ejecución de Charles Horman, Un sacrificio americano (The executions of Charles Horman, An american sacrifice)*, Harcourt, Brace, Jovanovich, New York, 1978), es posible que se le asesinara porque era norteamericano. El día antes del golpe, por casualidad, Charles y una

fue, a partir de ese momento, inevitable. No sólo la embajada había ocultado y encubierto, mientras pudo, su muerte sino que además la aprobó o dio la orden concreta de llevarla a cabo, a través de algún consejero militar de alta graduación.

Estaba el padre de Charles tan convencido de esto que entabló una demanda por daños de cuatro millones de dólares contra Henry Kissinger (entonces secretario de Estado de Nixon) y funcionarios de la embajada, culpándolos de complicidad en la desaparición de su hijo. Decidió suspender su querrela transitoriamente cuando el gobierno norteamericano no quiso entregar documentos sobre el

burn, del *Village Voice*, ha sugerido que las fuentes que Flora Lewis citó para rebatir la tesis de una conspiración contra Allende, y contra Horman, no son dignas de crédito. Se supone que la polémica continuará.

Tanta controversia no se produjo cuando mataron a Horman ni cuando el padre entabló juicio ni cuando salió el libro. Que haya surgido precisamente ahora se debe a otro factor: en este instante, ese caso está al alcance de cualquier norteamericano que quiera darse el trabajo de viajar hasta el cine local y desembolsar unos dólares, o que se sienta atraído por actores tan taquilleros como Jack Lemon y Sissy Spacek.

Porque ahora la historia de Charles Horman ha tomado una forma masiva y cinematográfica. Costa Gavras acaba de estrenar *Missing (Desaparecer)*, su primer film producido por una compañía norteamericana. Algunos nombres han sido modificados para proteger a los responsables, y el film fue rodado en México (puesto que la República de Chile no daba exactamente facilidades), pero sigue la versión del libro con minuciosidad, y lo hace con miras a agarrar de las solapas al norteamericano medio.

Para eso, la trama está construida sobre un doble enigma. En un primer nivel, como ha sugerido el mismo Costa, «al público se lo convierte en un detective, puesto que tratan de resolver el misterio, junto a los dos seres que más amaron a Charles Horman. A ellos, como al público, se les mentirá, se les hará dar vueltas en banda, se les conducirá por callejones sin salida, dándoles falsas esperanzas, tergiversaciones, shocks...». Pero en otro nivel, hay un misterio más profundo que debe resolver Ed Horman, algo más que juntar los hilos y fragmentos de una desaparición y el hallazgo de un cuerpo. El padre debe buscar el significado que se esconde detrás de ese hallazgo.

Cuando comienza la película, ese significado no se encuentra a su alcance. Es un hombre de negocios, conservador y convencional, que cree en el «American way of life» y que no duda de que los representantes de su gobierno están a su servicio o al de cualquier otro ciudadano en apuros. «Algo estúpido debe haber estado haciendo, para meterse en este lío», le dice, duro y hostil, a su nuera, implicando que el castigo, por drástico que sea, tiene que corresponder a algún tipo de transgresión. Está bloqueado, incapaz de acceder a las motivaciones de su hijo. Los guionistas (Costa Gavras y Donald Stewart) se han preocupado de exagerar estos rasgos, que no podemos encontrar en forma tan



Al parecer, Horman durante su estancia en Chile descubrió pruebas concluyentes de que la CIA y el Pentágono habían participado en el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende. En la foto, el actor John Shea, que da vida a Charles Horman en el film.

amiga habían quedado varados en Viña del Mar, el balneario chileno donde se planeó el movimiento militar de septiembre, según el general constitucional Carlos Prats en una entrevista que le dio a Marlise Simons en Buenos Aires en 1974 unos días antes de que, a su vez, lo silenciaran haciendo volar en pedazos su auto. Al parecer, en su corta estancia, Charles descubrió pruebas concluyentes de que la CIA y el Pentágono habían participado en la destrucción de un gobierno con el cual, después de todo, los Estados Unidos conservaban lazos diplomáticos, por tirantes que fueran. Según Ed Horman, la eliminación de Charles

caso, aduciendo que su divulgación pública atentaría contra «la seguridad nacional».

Pese al escándalo, la verdad es que el caso se conocía poco, fuera de algunos círculos especializados en asuntos latinoamericanos.

Ahora, todo el mundo lo comenta. El departamento de Estado ha emitido una declaración inusitada protestando su inocencia absoluta. Flora Lewis ha intentado, en el *New York Times*, desde un artículo escrito en París que no tiene tampoco precedentes (ella no es especialista en la materia) negar validez a las acusaciones de Horman y Hauser. A su vez, Alexander Cock-

LOS QUE APRETARON EL GATILLO

acentuada en el personaje real, tal como se presenta en el libro de Hauser. Ahí Horman explica que había diferencias entre ellos, pero que lentamente se estaban arreglando, habiendo llegado a una especie de tregua: «Cuando... renunciaron a sus empleos y se fueron a Chile», dice «yo no aprobé en forma completa, pero por lo menos comprendí y fui capaz de aceptar qué estaban haciendo». En la película no podría haber enunciado esas palabras conciliadoras, porque se enfatiza y amplía —a propósito— el conflicto generacional, tratando de que el padre represente todos los prejuicios de quienes no pudieron aceptar ni la actitud de sus hijos frente a Vietnam, ni el estilo de vida que la acompañó. «Si se hubiera quedado en casa, donde debía, esto no hubiera sucedido», dice Horman en el film, agrediendo nuevamente a la esposa de su hijo, dándole a entender que ellos se buscaron ese descalabro. Si se hubiera quedado en E.E.U.U., en vez de partir en misiones de buena voluntad por el mundo, si no se hubieran rebelado contra los valores ancestrales, él estaría cuidando a sus nietos en vez de buscar un cadáver.

De manera que, en el film, Ed Horman ha perdido ya a su hijo. Lo ama, pero lo perdió hace muchos años. Ahora debe perderlo nuevamente, en forma física y definitiva. Pero esta muerte lo transformará. En forma paradójica, lo forzará a recuperar a su descendiente, buscarlo como algo más que un cuerpo o una transmemoria, intentando recrear el mundo desde el punto de vista del desaparecido. Si esto no le hubiera sucedido a su hijo, «usted estaría en su casa satisfecho e ignorante», un funcionario de la embajada le dice, hablándole en realidad directamente al público. Lo que ellos habían estado haciendo en Chile lo han hecho para protegerlo a él, su *business*, sus hábitos cotidianos y mentales.

Ed Horman no podrá, por lo tanto, recuperar a su hijo si no pierde su país o por lo menos lo que ese país ha simbolizado siempre para él. Se va situando en la incómoda perspectiva de Charles, educado retrospectivamente por el hijo cuyas opiniones no respetaba, casi tomando su lugar en el universo.

—¿Qué es lo que pasa con este mundo?, pregunta Ed Horman, una vez que comienza a darse cuenta de que están masacrando civiles desarmados y de que a él se le está engañando.

—Estás hablando igual que Charles, le respondió su nuera.

Y cuando el film termina, él pronunciará, como si fuera su propio hijo

y tuviera que renacer para comunicarse con él— la invectiva contra la nación en que ambos nacieron, inculcando a su gobierno de asesinato e intervención.

Su viaje es el más persistente de los viajes de que están poblados el cine y la literatura norteamericanas, el viaje en que alguien se aleja de la inocencia. Desde Twain a Fitzgerald, desde Melville y Henry James a Coppola, desde Hemingway a Peckinpah, es un tema que se repite obsesivamente.

Un viaje, en todo caso, que ya habían tomado Charles Horman y su mujer, y tantos otros, cuando se entregaron a una causa en un país como Chile, robándole un poco de luz al Sol para iluminarse, para encontrar un sitio donde entregarse a los demás. Para participar en la construcción de otro orden económico y social, tuvieron que romper con los valores que prevalecían en su propio país. Lo hicieron en nombre de otra visión de América, expandiéndose no hacia el Oeste como era el sueño yanqui del siglo XIX, sino hacia adentro, hacia una frontera ética que también era herencia de su nación. Creían que era

más importante exportar la democracia que las balas.

Pero las balas terminan matando al exportador de democracia, y Ed Horman tiene que reconocer que las dos formas de su futuro, su hijo y su tierra, son irreconciliables, y que él deberá elegir entre ambas, que son —en el fondo— dos visiones de su patria, dos direcciones posibles.

Tomar el lugar de su hijo muerto significa, entonces, criticar su propio pasado, examinar los presupuestos con que él —y por lo tanto el espectador— se acerca al Tercer Mundo, a lo que su Gobierno hace en el Tercer Mundo.

No será una tarea fácil.

Hay un momento en que Ed Horman visita el Estadio Nacional, donde fueron concentrados miles de prisioneros después del golpe. Tiene la ilusión de que podrá hallar a su hijo entre la multitud desarraigada. «No era mucha mi esperanza», explica él en el libro de Hauser, pero justo en ese momento un joven salió de las gradas y comenzó a correr hacia mí. Estaba a una distancia y no lo podía ver bien, pero corría de la misma

(D-I): David (Keith Szarabajka) y Frank (Joe Regalbutto), dos de los miles de prisioneros concentrados en el Estadio Nacional de Santiago tras el golpe.





Costa Gavras representa así las calles chilenas en los días que siguieron al pinochetazo.

desgarbada manera que Charles... piernas y brazos aleteando. Por un momento glorioso, pensé que lo había hallado. Después el tipo se aproximó y me di cuenta de que no era mi hijo...». En el film, el guión le brinda a ese joven doble de Charles una frase muy trascendental. Le grita a Horman: «Mi papá no puede venir a buscarme al Estadio». Y luego ese preso político se dirige al coronel Espinoza, encargado del estadio, y le solicita irónicamente que se sirva darles helados a los detenidos esa noche.

La escena, tal como está filmada, es emocionante, aunque absurda. Nadie en su sano (o insano) juicio se hubiera atrevido a burlarse de un soldado ni menos del comandante de un campo como ese. Un mes después del golpe, ya habíamos aprendido a bajar la cabeza y murmurar que sí, nos habían enseñado a comunicarnos con insinuaciones y chistes, nos habíamos autoentrenado para no mirar nunca a nadie directamente en los ojos cuando le hablábamos.

Así que tal conducta es inverosímil. Lo que no significa que carezcan de

profundidad sus palabras. Por un breve momento, el film ha presentado el punto de vista de aquellos que, como Charles, corren peligro, pero que no gozan de inmunidad ni de privilegios.

Habiendo pronunciado esa verdad consternante, desaparece de la pantalla. Si hubiera pronunciado las palabras en la realidad cotidiana, hubiera desaparecido... de este mundo.

¿Qué hay de él?
¿Qué hay de los miles y miles de desaparecidos cuyos parientes siguen buscando, años más tarde, a sus padres, hijos, hermanos, esposas? ¿qué hay de los millones que sufren represión —por no hablar de opresión—, que no disponen de un padre norteamericano que ejerza su influencia para salvarlos?

Ellos están ausentes de las pantallas norteamericanas.

Son otras desapariciones las que interesan a los espectadores.

En Boston, la mañana del 15 de mayo de 1980, un niño de seis años de edad, Alex Solky, «le dio un beso de adiós a su mamá y partió a la escuela,

calle abajo. Nunca llegó a la escuela, y desde el momento en que dio vuelta a la esquina, supuestamente desapareció de la faz de la tierra».

Así comienza la novela de Beth Gutcheon, *Still Missing (Desaparecido... Todavía)* (Putnam, New York, 1981). Durante nueve meses extenuantes y crueles, Susan, la mamá de Alex va a tener que transformarse en detective aficionado. Tal como los parientes de los desaparecidos en países como Chile, Argentina, El Salvador, Guatemala, y tal como los Horman. Pero las razones son diferentes. En países como los mencionados no se tiene alternativa, puesto que es la policía misma la responsable de los secuestros. Los profesionales, para hacer las pesquisas, tendrían que investigar a sus superiores.

La historia de cómo Susan desconfía de la policía —que cree que el niño está muerto y arresta al hombre equivocado—, es una buena base para un film. Y, en efecto, dentro de poco, los productores de *Kramer contra Kramer* harán la versión en celuloide de la búsqueda de Susan Selky.

LOS QUE APRETARON EL GATILLO

En EE.UU., hoy es fácil identificarse con una madre como ella. Esa mujer no ha hecho nada para merecer ese destino terrible. No tiene otras armas que su propia testarudez para defender al descendiente de fuerzas oscuras e incontrolables que lo han atacado, que le pueden caer encima a cualquiera en un universo amenazante e inestable.

Ed Horman puede promover simpatías parecidas. Es evidente que se reconocerán en él millones de padres fracturados por la guerra de Vietnam y el modo en que dividió al país.

Pero ¿pueden los norteamericanos ir más lejos? La compasión que sienten por Ed Horman, ¿pueden transferirla a su hijo díscolo? Y más importante, y es la pregunta decisiva: ¿puede importarles la desaparición de todos aquellos que murieron junto a Charles Horman, aquellos por los cuales, simbólicamente, él dio su vida, sus compañeros en la muerte?

Va a ser difícil.

En Estados Unidos vivimos una realidad donde la desaparición de un niño en Boston constituye un best-seller y un film en Hollywood, mientras que la desaparición de treinta padres al día en Guatemala casi no se percibe.

Y es así, porque quienes han desaparecido en América Latina (y ojo, no son los únicos: también hay casos en Uganda y las Filipinas, en Afganistán y Etiopía), desaparecieron muchos antes de que el Ejército los viniera a buscar. Nunca estuvieron presentes, nunca merecieron en los ojos occidentales una forma visible de humanidad. Llegaron tarde a la distribución de palabras y maquinaria, y en el supermercado planetario que los futurólogos nos proponen sólo servirán para aprovisionar de playas o materias primas a las naciones opulentas.

De ahí la importancia de *Missing* en un momento tan crucial como este para la política exterior norteamericana.

Su metáfora central les anuncia a los norteamericanos que esta situación no puede seguir así. Si ellos siguen apoyando dictaduras, seguirán cosechando hijos muertos.

La única manera en que pueden evitar más ejecuciones como la de Charles Horman, es que no apoyen a los que apretaron el gatillo.

Sin que ellos se den cuenta, la secuela silenciosa de *Missing* ya se está filmando; directamente y sin Jack Lemon o Sissy Spacek, se está filmando en la desnuda realidad que se llama centroamérica. ■ A.D.

86 triunfo

Entrevista con Costa Gavras

LA DOBLE MORAL AMERICANA

RAMON CHAO e IGNACIO RAMONET

TRIUNFO.—¿Cómo surgió la idea de «Missing»?

COSTA GAVRAS.—Lo interesante es que fueron los propios americanos los que pensaron en mí para hacer esta película. Me enviaron el libro, que al principio no me interesó.

—Porque le resultaba demasiado político...

—Porque me parecía un requisitorio demasiado directo contra la embajada de los EE.UU. en Chile. Y lo que me animó, en primer lugar, evidentemente, es que quería hacer algo sobre el problema de los desaparecidos. Amnesty Internacional me había enviado una serie de documentos, pero no veía la forma de abordar el problema desde el punto de vista cinematográfico.

—Explíquenos el proceso de la película.

—Los americanos habían hecho lo que suelen, es decir, habían comprado los derechos del libro y habían escrito un guión, sin tan siquiera hablar con el realizador. Ese guión se basaba en la vida de Charles Horman. Es decir, que le plantaban en América Latina, donde tomaba conciencia de los problemas políticos, llegaba a Chile y allí se instalaba. Y en el momento del golpe de Estado, lo ejecutaban. A mí ese guión no me interesó; me pareció un tanto primario. Pensé que sería más interesante el caso de un americano que llegase en pleno golpe de Estado, y que tuviera la posibilidad de visitar todos los lugares. Y luego, eso que les dije de las dos generaciones, padre e hijo, sus diferentes formas de ver las cosas, sus concepciones del mundo, etcétera... Y otro punto que quise evitar, es que el padre, al final, se convirtiera en una especie de izquierdista; sigue siendo lo que era, un americano medio que cree en la democracia, que cree en su país.

—Lo que nos parece nuevo en esta película es la forma en que se refleja todo el proceso del golpe, a través de la visión de un personaje. Hemos visto ya tantas imágenes de aquellos días en el cine, en los noticiarios, que esta visión interiorizada resulta muy eficaz.

—Es cierto, porque la experiencia del golpe al padre no le interesa en abso-

luto; la observa desde una ventana, como un turista que, además, puede desplazarse sin inconvenientes. De modo que la aventura del pueblo chileno está siempre en segundo plano. He intentado que esta película resalte la tragedia de una familia dentro de la tragedia de un pueblo. La tragedia del pueblo sirve de telón de fondo a la tragedia de esta familia, pero ambas discurren de forma paralela. Por eso, cuando me ofrecieron el guión, yo contesté que no me interesaba, y les hice uno nuevo donde insisto en la búsqueda del hijo por parte del padre; una búsqueda doble, pues lo busca físicamente y lo encuentra al final, puesto que lo admite tal como era. Pues ese hijo, diplomado por Harvard, tenía una gran carrera en perspectiva, y rechazó ese porvenir brillante.

—En este aspecto, el padre es una persona íntegra, que cree en los ideales cristianos y en la democracia americana.

—Eso es; el padre le inculca su visión del mundo, su honestidad, los derechos humanos, etcétera...

—¿Por qué eligió a Jack Lemmon para encarnarlo?

—Porque representa para mí al americano medio típico, un excelente actor y que, políticamente, no se distingue por su extremismo.

—Esa es la vertiente ejemplar de la película; vale decir que si un americano cree sinceramente en las virtudes de su democracia y de la religión, no puede dejar de escandalizarse ante semejante actuación de su país; así se pone de relieve la hipocresía del discurso político americano.

—Eso es; hay en los EE.UU. dos discursos; el que se elabora para el pueblo americano y los actos, absolutamente opuestos.

—Y en la película usted plantea los dos, sin juzgar, lo cual le da...

—La fuerza de las cosas, pues es tan flagrante... Pero en lo que le decía de la moral americana, de la doble moral, el hecho de que me la hayan encargado ellos, y el éxito que está obteniendo allá es la prueba misma de lo que les decía referente a eso.

Lo más importante es que pude hacerlo con toda libertad. Me han

Abril 1982